

La aventura poética

"Poemas de un novelista", por José Donoso. Ediciones Ganymedes, Santiago, 1981. 94 pp.

Guardados en su cajón por mucho tiempo, o llevándolos consigo en su morral de viajero por villas y aldeas españolas, José Donoso se atreve ahora, y en su país natal, a publicar un libro de poemas que llamarán más a curiosidad que a interés literario propiamente tal. Acostumbrados a sus obras narrativas, los lectores de este autor no dejarán de sorprenderse con tan súbita incursión en el género poético, y que él mismo considera como una necesidad "pequeña pero diferente y complementaria a la de mis novelas".

Los antecedentes en esta materia no son abundantes en la obra donosiana. Confeso de no haber sido jamás un gran consumidor de poesía, lee, sin embargo, en inglés a Rilke, y en la época de su juventud compartió las tradicionales lecturas de Neruda. Durante su permanencia en Princeton (cuando Donoso se da cuenta que para bien o para mal es escritor) se deslumbra con la poesía en lengua inglesa de un T.S. Eliot, un Wallace Stevens o una Emily Dickinson. Poesía inglesa que aún "consumo, uso y con la que vivo". Acercamiento más lectural y vivencial que no deja rastros en sus poemas propios. Debe recordarse, además, el ensayo-crítico *Five Chilean Poets* (Parra, Barquero, Alberto Rubio, Lihn,

Hans Ehrmann

Libro de poemas revela a un autor que no tiene pudores con los géneros literarios

Para el novelista fue como una liberación de "las monstruosas exigencias que le imponía la prosa"

Arteche) que Donoso publica en revista *Américas* en mayo de 1964.

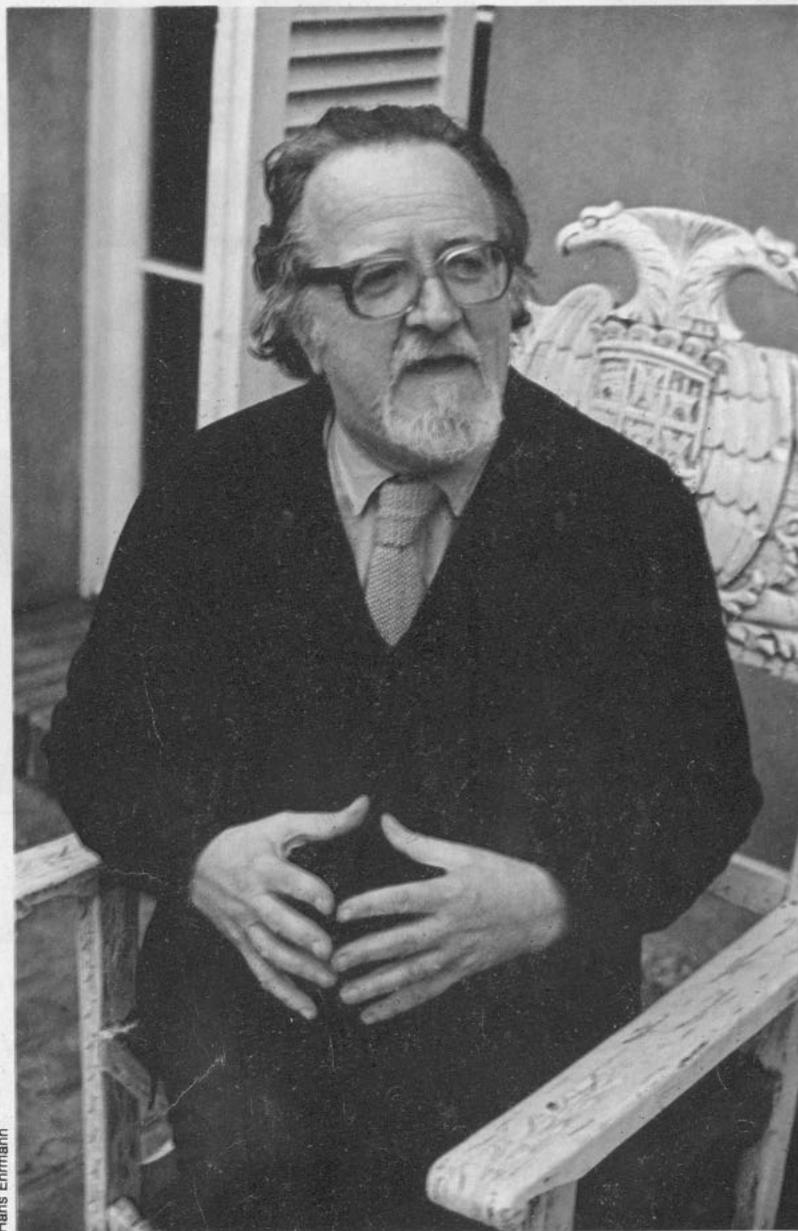
Oficio lateral

En *Poemas de un novelista*, José Donoso reúne una treintena de poemas —intentos de poemas, en rigor— escritos entre 1970-1980, en diversas residencias y lugares geográficos (Calaceite, Sitges, Madrid), y en una época editorialmente importante. Entre capítulo y capítulo de *El obsceno pájaro de la noche*, *Tres novelitas burguesas*, *Casa de campo*, el narrador aligera el ánimo escribiendo unos muy personales e íntimos poemas. Una manera, acaso, de oficio lateral o de tomar conciencia de realidades inmediatas huyendo de las "monstruosas exigencias que le imponía la prosa".

Estos poemas se relacionan, a menudo, con la crónica, la confesión personal ("soy lo que no hice, lo que no hago, lo que no haré"), la síntesis de un pasado romántico y memorial. Aunque realistas y directos, nada de densos o imaginativos, más bien simples que sencillos, no están escritos por puro golpe intuitivo y lírico.

Existe un trabajo muy consciente del verso, que evita la retórica, los pruritos metafóricos y la ampulosidad. Importa llegar al texto desnudo, "tiritando pegado a mí". Por ahora, Donoso no es natural y literariamente un poeta, ni tampoco él pretende tal aureola: "Lá poesía me parece un quehacer tan atterradoramente serio, solitario, definitivo, esencial, y las esencias, así, escuetas e implacables, no son mi vocación".

De sus solitarios y duros años en Calaceite, "el pueblo de piedras tensas", el resultado es un *Diario de invierno* que resume historias, vigiliadas, planes ("Cierro los ojos. / Proyecto vender mi casa, / irme a otra parte en busca de corazones"), situaciones familiares y realidades paisajísticas de un lugar con callejones sillares, y donde el gesto humano puede estar en un puñado de higos que alguien



"Soy lo que no hice, lo que no hago, lo que no haré"



Hans Ehrmann

Las dos Pilares de Donoso:
el libro de poemas lo dedicó a su hija

“le regaló a mi hija/cuando aún a nadie conocíamos”. Un hurgar, también, en el pasado a través de antiguos retratos de familia. Galería sepia de personajes — tata, abuela, padre, madre —, en una atmósfera recordatoria e iluminados por una época iconográfica de borrosos álbumes.

Aventura de novelista

Es evidente que estos llamados poemas, o temas versificados, nada tienen de prentosos, ni afanes de dar golpes a la cátedra. Tanto los *Retratos* como *Diario de invierno*, y los otros poemas del libro, están escritos a base de elementos y materiales valiosos, que en el texto mismo se debilitan por la carencia de un lenguaje que los haga maravilladores y mágicos desde el punto de vista poético. Más que un riesgo o actitudes narcisistas — como cree de buena fe el autor —, estos poemas tienden a celebrar una insólita aventura de un novelista que no tiene pudores a los géneros literarios. De ahí, tal vez, el título: *Poemas de un novelista*. Es decir, un novelista, no un poeta, escribe estos sedicentes poemas, con algunos hallazgos e imágenes notables.

Precedido de unas excelentes y espontáneas notas prologales, que llaman a una amena lectura, este libro constituye tan sólo un interés meramente documental en la obra toda de Donoso. En vez del verso, hubiese sido más válido y oportuno contar esas mismas historias en textos prosísticos con la sencillez de la introducción. El libro habría perdido su gracia, es cierto, y los lectores habrían ignorado esta aventura poética que nada quita o agrega a la bien merecida gloria del novelista.

Jaime Quezada ■

EL JARDIN DE AL LADO

El oficio del novelista

□ Con su nueva obra, Donoso pareciera emprender, tanto en temas como en procedimientos literarios, un rumbo diferente

“El jardín de al lado”, por José Donoso.
Seix Barral, Barcelona, 1981. 264 pp.

Una casa donde una matriarca senil agoniza y un sobrino solterón colecciona bastones; un prostíbulo de aldea que tiene la forma ilimitada del infierno; el mundo clausurado de un asilo-convento que es símbolo de una realidad mayor; una mansión campestre que se construye como una alegoría de la lucha de clases con toda su elaborada dialéctica. Tales son los ámbitos a los que José Donoso ha llevado a sus lectores en el paso de una novela a otra, desde *Coronación* a *Casa de campo*. Mundos cerrados, nocturnos, poblados de monstruos, brujas, niños que no son niños, personalidades freudianas, desechos humanos, todo ello trabajado con una angustia y también ingrata sensibilidad barroca.

Con *El jardín de al lado*, la novela donosiana pareciera abandonar aquellas características para emprender, tanto en

temas como en procedimientos literarios, un rumbo diferente. Con un lenguaje directo y situando el relato en un ámbito cotidiano, aborda aquí motivos que pertenecen a lo ordinario e inmediato: el del exilio, el del escritor latinoamericano — un chileno en este caso — que lucha a brazo partido para obtener un lugar en las editoriales españolas, el del compromiso político o de la toma de posición frente a la realidad que imponen ciertas dictaduras, y el de la crisis en la relación de la pareja al cabo de muchos años de matrimonio. Como puede verse, no es poco lo que el autor pone, combina y desarrolla en 264 páginas de apretada y jadeante prosa.

¿Novela del exiliado?

Julio Méndez Echeverría es escritor, es chileno, es casado, tiene un hijo ya crecido, ha pasado seis días en una prisión, se ha radicado en España, le acosa una latente tendencia homosexual y trata de vender una novela a una editorial barcelonesa. Tal es su *currículum* civil, literario y político.

Dados estos elementos que se presentan en la superficie del relato, ¿es *El jardín de al lado* la novela — hoy en día una de tantas — del expatriado? En otras palabras, ¿es Julio Méndez un caso típico?

La lectura de una buena parte del relato hace pensar que así es; sin embargo, el último capítulo coloca súbitamente el texto entero en una nueva perspectiva. El problema del desarraigo, del vivir en tierras extranjeras, del andar a salto de mata en el oficio de escribir, constituye la superestructura de la novela; es tan sólo la circunstancia que envuelve, permeándolo hasta cierto límite, a un elemento que opera como su verdadero nervio dramático: el de la relación conyugal perturbada por una crisis cuya naturaleza pone en relieve a los demás. Es en este punto donde el personaje protagonista pierde los rasgos de caso típico y la novela los de puro y simple testimonio de una situación común a cierto grupo humano.

La crisis de relación entre Julio y Gloria tampoco se muestra como la de una típica pareja que lleva veintitantos años de casados. Comparte esas características, pero sólo en la superficie. Hay algo más, y ese “algo más” es lo que le otorga singularidad al caso de ambos y, como consecuencia de aquello, hace que la novela no sea una mera armazón de situaciones convencionales. Poniendo en juego un recurso que en *El obscuro pájaro de la noche* Donoso desarrolló hasta llevarlo a los extremos más increíbles — el del intercambio de subjetividades —, la conciencia de la mujer pasa aquí a convertirse en el espejo en el cual el otro, el marido, se refleja. Pero también esto, que parece la única certeza que se tiene de ellos, es velada por la interrogación de si la versión que los perso-

najes dan de sí mismos y del mundo que los contiene, no es más que un fantaseo de sus naturalezas insatisfechas y que los cinco capítulos que anteceden al último es la novela que la dualidad Julio-Gloria han estado escribiendo.

Realidad equívoca

En alguna parte Donoso clasificó *El jardín de al lado* como novela "realista". De ser acogida esta afirmación, habría que darle al término un valor aproximativo. Sin duda no hay, como en *El obscuro pájaro*, la presentación de un mundo físico deformado por una o varias conciencias enajenadas, o como en *Casa de campo*, la alegorización de un aspecto de la historia social. Los ambientes —un balneario de la costa catalana, el verano madrileño, las calles de Tánger— son entregados dentro de los límites de objetividad que el lenguaje literario y un narrador que es a su vez escritor, permiten. Pero en cuanto al plano en que se mueven las dos figuras capitales de la novela (el plano de la mutua relación), la visión de esa realidad que a ellos atañe más dramáticamente deja de ser inequívoca —como ocurre o trata de ocurrir en el arte llamado "realista"— y adquiere esa forma ambigua forjada por la fuerza de

Hans Ehrmann



De "Coronación" a "Casa de Campo", mundos cerrados, nocturnos

subjetividades que deben modificar la realidad a cada paso como único recurso para seguir existiendo.

A esta altura de su oficio, escribir una

novela "realista" significaría para José Donoso claudicar a su visión del mundo y traicionar a sus fantasmas.

Carlos Morand ●